

procuras agrádarle y no despreciarle, sino viendo en tu conversacion el que no sea descomedida, ¿cómo tienes valor de estar á solas con Dios y no decirle algo, siquiera en tu corazon y tus labios? ¿Tanto te cuesta una Ave María? Pues lo único que pedimos á la Madre de Dios, es que ruegue por nosotros ahora y en la hora de nuestra muerte. ¿Pues qué te pide su Magestad, si no es que lo llares para tu amparo, así ahora como en el último instante de tu vida, y solo con un Ave María? Mas aunque otros te pueden enseñar muchos y muy tiernos afectos, no obstante, nadie te podrá enseñar fuera del Padre nuestro, oracion mas alta, dulce y tan breve, como el Ave María, pues es oracion de mucho agrado á Dios y muy fácil para tí por ignorante que seas.

CAPITULO 12.

CONFORMIDAD CON LA VOLUNTAD DE DIOS.

- P. ¿Distribuido el dia, la semana ó el mes, no hemos de ejecutar las virtudes?
- R. Sí, mas nada nos habeis dicho hasta ahora.
- P. ¿Pues decid alguna en que se encierren todas?
- R. La conformidad en todo, con la voluntad de Dios.
- P. ¿En qué se ha de ejercer esta virtud?
- R. En todas las penas y consuelos.
- P. ¿Qué le dirémos en caso ocurrente?
- R. Señor, hágase tu voluntad, en tiempo y en eternidad.
- P. ¿Es virtud muy necesaria en todo tiempo?
- R. Sí, porque no hay hombre sin trabajo ó disgusto en ningun dia.
- P. ¿Á qué estado llegará nuestra alma á levantarse?
- R. Al de una vida cristiana y divina.

REFLEXION.

En solo estas palabras de conformidad con la voluntad

de Dios, te ofrezco todas las virtudes, el tesoro mas grande para el cielo y la mejor bienaventuranza en la tierra. Si hasta ahora has pensado que la virtud consiste en rezar mucho, en oír muchas misas y en hacer grandes penitencias y acaso por eso no has tenido valor de emprenderla, has vivido engañado, estos son medios ó caminos santos para la virtud, que no los debes practicar sin consentimiento de confesor prudente, porque tomados materialmente no son virtudes; y si preguntas, ¿en qué consiste la virtud? á eso te responden los teólogos, que la virtud ó la base de las virtudes, consiste en conformar tu voluntad con la de Dios, viniendo ó mortificando la propia tuya, por lo que si quieres servir á Dios de veras, no tienes que pensar en monasterios ó desiertos, ni otras cosas; dentro de tu casa y en las ocupaciones de cada dia, te ha puesto Dios una virtud muy grande, que para llegar á ella, no se necesita mas que aquellas palabras del Padre nuestro: Señor, hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo. Pero que estas sean perpetuas en tu boca y mucho mas en tu corazon. Te sale mal algun negocio ú obra en que has trabajado mucho, y querrias te saliera bien, pues dí á Dios, hágase tu voluntad en tiempo y en eternidad, y en esto consiste la virtud. Si el genio ó desacierto del criado, de la hija ó hijo, de la muger, del marido, es para tí un continuo tormento y quiere Dios que padezcas, dile muy de corazon: hágase tu voluntad en tiempo y eternidad, y en este vencimiento consiste la virtud. Si llega un prójimo á hacerte un daño ó injusticia, ó te quita el crédito, y pudiendo Dios remediarlo no lo remedia, pues dile: Señor, hágase tu voluntad &c., y en esto está la virtud, y para mayor agrado de Dios, puedes favorecerle y hacerle un beneficio, porque Dios lo quiere y lo aconseja, y esto es servir á Dios, que es el blanco á donde se deben dirigir las oraciones, ayunos, limosnas, y vencerte á tí mismo y sujetarte á la voluntad de Dios, principalmente en las domésticas ó diarias, pues dice S. Francisco de Sales, (part. 3 de la vida devota c. 53.) Son un gran medio para juntar muchas riquezas

espirituales, empleándolas bien. Y no dudes que con un vencimiento de estos que parece pequeño, agradarás mas á Dios y ganarás mas gloria que con cien ayunos.

Mira, compara lo que Dios te sufre á tí cada dia, con lo que tú puedes sufrir á otros, suponte que en este ó en otros trabajos aun mayores, se te apareciera el mismo Jesucristo y te dijera: es mi voluntad que padezcas este trabajo, yo te lo envío, así te conviene. ¿No es cierto que tú, por malo que fueras, le dirías con sumision: Señor, eso basta, hágase tu voluntad, yo quiero padecer? Pues lo mismo que si el Salvador te lo dijera, te lo dice la fe con seguridad. (Ecles. 2. 14.) Los bienes, los males, la vida, la riqueza y la pobreza, nos vienen de Dios, mas tu desgracia consiste en que solo pones atencion en el disgusto, y no en la amorosa mano de Dios que te lo envia. La pobreza, la enfermedad, el descrédito y otros trabajos, son el pan con que Dios cria á sus queridos hijos y el camino seguro para el cielo, pues este fué el que escogió para Jesucristo, su muy amado Hijo.

Cuando consuelas á otros, los llamas regalos de Dios, y cuando te vienen á tí, los miras como si no fueran, y en vez de ganar mucho y hacerlos mas lijeros con solo estas tres palabras, *hágase tu voluntad*; tus palabras son, que te saque Dios de ellos, especialmente si son de cosas temporales, y piensas que Dios no te oye, cuando mas te oye, porque no darte la salud, el puesto ó fortuna que le pides, es porque serian la ruina de tu alma.

INSTRUCCION.

- P. ¿Cómo ha de leer el alma este y otros libros con provecho?
 R. Como come el cuerpo lo que le aprovecha.
 P. ¿Qué quiere decir esto?
 R. Que se ha de leer con pausa, no comiendo, ó picando ó revolviendo.
 P. ¿Qué quiere decir leer comiendo?

R. Que leen tanto ó tan de prisa, que no lo pueden entender.

P. ¿Quiénes leen picando ó salpicando?

R. Los que leen aquí y allí sin orden, como quien pica en varios platos.

P. ¿Quiénes leen revolviendo?

R. Los que leen sin humildad, con presuncion ó vana curiosidad.

P. ¿Tan atentos hemos de oír á Dios, en los libros ó sermones?

R. Tan atentos como lo demuestra este raro ejemplo.

Estando oyendo leer la Sagrada Escritura, un Santo Ermitaño llamado Eusebio, levantó los ojos por curiosidad á mirar en un campo á unos labradores que allí trabajaban, mas volviendo en sí concibió tal dolor de aquella diversion y culpa tan lijera, que en arrepentimiento de ella, puso ley á sus ojos, de que en toda su vida no habia de mirar aquel campo, ni al cielo, ni á las estrellas; para esto, se puso un arco de fierro en la cintura y una argolla al cuello tan pesada, que lo hacia andar encorvado mirando siempre al suelo, y así vivió cuarenta años sin salir de su celda, si no era á hacer oracion por un camino que no tenia de ancho mas que una cuarta; y preguntado ¿por qué ponía tanto rigor en no levantar sus ojos? respondia: porque poniendo yo cuidado en cosa tan pequeña, ¿qué guerra no me hará el diablo en las grandes?

Aprende, pues, tú que lees esto, cómo has de huir y castigar tus culpas graves, cuando así huyen y castigan los Santos las mas leves.

ORACION

PARA LA PREPARACION DE LA CONFESION.

Dios y Señor mio, que me criaste de la nada á imágen semejanza vuestra, y me redimisteis con vuestra preciosa sangre. Yo, pecador indigno aun de tomar vuestro santísimo nombre en mi boca, no hallando remedio de mis

males mas que en vos, Jesus mio, llevo á vuestra divina presencia, suplicandoos Señor, que me mireis con ojos de piedad y tengais misericordia de mí, como la tuvisteis de la Magdalena y la Cananea, y que me perdoneis como perdonásteis al publicano y al ladron, pendiente de la Cruz. A vos, Jesus mio, de cuyos divinos ojos no puedo esconder ni mis pensamientos mas ocultos, os manifiesto las mortales heridas de todas mis culpas; perdonadme, Jesus mio, pues conozco y confieso ante vuestra soberana presencia, y de todas las criaturas del cielo y de la tierra, que os he ofendido con mis grandes culpas. Tú, Señor, levantásteis á David de la caída de sus culpas, y perdonásteis á Pedro que os negó, dadme pues, Señor, vuestra poderosa mano, para que me levante de tantas caídas como he dado, y perdonadme, pues llevo como ellos, á las puertas de vuestra piedad infinita, implorando vuestra misericordia. Vos sois la luz, vida y salud de mi alma, pues iluminadla con vuestra divina luz, para que conozca la suma miseria de mis culpas y admire las misericordias de vuestra bondad inmensa. Sacadla, Señor, del sepulcro de la culpa á la vida de la gracia y fortalecedla con vuestros auxilios: acordaos, Señor, que aunque rebelde é indigna, es vuestra mi alma, es obra de vuestras santísimas manos. Acordaos que son mayores tus misericordias que mis pecados, pues es mayor vuestro poder para perdonarme, que el mio para ofenderte; sedme propicio en este día. Vos mismo habeis dicho por vuestra divina boca, que no quieris la muerte del pecador, sino que se convierta y viva. Pues esto es lo que yo quiero, y para conseguirlo, os suplico con lo íntimo de mi corazón, me lleveis á una verdadera penitencia, á una confesion entera y digna satisfaccion de mis pecados. Así sea, Señor, por los méritos de vuestra santísima passion y muerte. Amen.

ORACION

PARA ENTRAR Á LA CONFESION.

Clementísimo Jesus mio, única esperanza y remedio de

mi alma, recibid Señor con agrado, esta mi confesion. Dadme, Jesus mio, aquellos auxilios con que pueda tener un verdadero dolor de mis pecados. Tú, que haces brotar cristalinas aguas de las peñas mas duras, haced que mi corazón no se endurezca, heridle con un rayo de vuestra divina gracia, para que derrame abundantes lágrimas de contricion que purifiquen mi alma. Oid, Señor, mi petition y miradme con aquellos ojos de piedad con que llevásteis á una verdadera penitencia á los mayores pecadores. No tengais, Señor, tan presentes mis enormes pecados y por esto os olvidéis de vuestras misericordias infinitas. Pues aunque soy acreedor á una condenacion por mis pecados, tambien por tu gracia, lo soy á tus méritos infinitos. Por ellos, Señor, perdonad á esta alma pecadora, romped sus cadenas, sanad sus llagas y mostradle vuestro divino Rostro, para que sea salva. En los tribunales del mundo, la confesion de los delitos condena á los reos. Mas en el vuestro, Jesus mio, el confesarlas es para alcanzar el perdón de ellas, y quedar tan borradas como si no se hubieran cometido. Y siendo esto así, ¿cómo puedo dejar de pedirlos con todas las veras de mi corazón, que por los méritos de tu Santísima Madre y de todos los santos de la corte celestial, y mayormente por el amor infinito con que padeciste por salvarme, me concedais aquella luz y conocimiento de mis pecados y los confiese enteramente, á quien tiene vuestro poder en la tierra, con un corazón arrepenido y con una firme y eficaz resolucion de nunca volver á ofenderos? Amen.

ORACION

PARA DESPUES DE LA CONFESION.

Piadosísimo Jesus mio, yo te suplico humildemente, postrado á vuestros piés, por vuestros méritos y los de vuestra Madre Santísima, que esta mi confesion sea recibida y calificada en vuestra divina presencia, y que todo cuanto le hubiere faltado de contricion, integridad y pure-

za, lo supla y dispense vuestra divina bondad y misericordia, para que así completamente me tengais por libre y absuelto de mis culpas en el cielo. Así sea.

ORACION

PARA LA COMUNION.

Dios y Señor mio, yo pecador, indigno de parecer ante los ojos de vuestra Magestad soberana, ¿es posible que os he de recibir en mi pecho? Vuestros ángeles tienen por gloria el miraros, ¿pues cuál será la mía, Señor, al recibirlos, siendo yo una vil criatura? ¿Vos, que por vuestra grandeza, son cortos los espacios inmensos del cielo, y quereis venir á mi pecho? ¿Hasta dónde, Dios mio, han de llegar los excesos de vuestro amor? Pues parece no ha bastado el haberos hecho hombre por mí, y siendo infinito, haber padecido treinta y tres años de trabajos, haber dado vuestra Santísima vida en una Cruz, ¿quereis repetir la misma fineza, viniendo á mi indigno pecho? Es cierto, Dios mio, que no me atreveria á semejante exceso, si no fuera mandato de vuestro amor excesivo que os reciba. Me acerco, Señor, obedeciendo á vuestra divina palabra, pero ántes de llegar á tan divino banquete, dadme, Señor, como á otro Hijo Pródigo, la blanca Estola de vuestra divina gracia. Dadme, Señor, aquella vestidura nupcial de Fe, Esperanza y Caridad, con que pueda dignamente entrar á tan soberana mesa. Yo quisiera, Señor, por mi parte, asistir á tan divino convite y recibirlos en mi pecho, con aquella pureza de que gozan los ángeles, y con aquel amor con que os aman los serafines. ¡Oh Señor! y quién tuviera una partecita de aquella humildad, fe, amor y pureza, con que os recibia vuestra Santísima Madre. Recibid, Señor, estos mis deseos, purificad mi corazón, confortad mi espíritu, santificad mi alma, para que prevenida con vuestros divinos dones, llegue á recibirlos y á unirlos con vos, Dios mio, de tal suerte, que mi pensamiento sea el

cumplimiento de vuestra divina voluntad, por los siglos de los siglos. Amen.

ORACION

PARA DESPUES DE LA COMUNION.

Bendito, alabado y glorificado seais por toda la eternidad, Dios y Señor de los ángeles. Pues os habeis dignado de venir á entrar en el pecho de esta vil é indigna criatura. ¿Cuándo, Señor, podia yo esperar tan inaudito beneficio? ¿Pues quién soy yo, Dios mio, y quién sois vos? Yo, Señor, que por mis culpas debia estar en lo mas profundo del infierno, y vos, que por vuestra grandeza teneis por trono las alas de los querubines, ahora estais en mi pecho con toda vuestra divinidad y soberanía. ¿Cómo no se han de admirar los ángeles? ¿Cómo no han de quedarse absortas todas las criaturas? Y si Santa Isabel, llena del Espíritu Santo, quedó estupefacta, al ver que la Madre de Dios entraba á su casa, ¿qué diré yo, Dios mio, cuando no vuestra Santísima Madre sino vos mismo, Dios inmenso, os habeis entrado en mi pecho? Y si la reina Sabá tenia por felices y dichosos á los que vivian dentro del palacio de Salomon, ¿qué felicidad y dicha será la mía, Señor, pues tengo dentro de mi pecho al verdadero Salomon, al Señor de la Magestad, al Supremo Rey de cielos y tierra? Y cómo no soy capaz, ¡oh Señor y Dios mio! de daros las debidas gracias por tan imponderable beneficio; imploro el auxilio de todas las criaturas, así del cielo como de la tierra, en especial, de todos los santos y ángeles de la corte celestial, y el de vuestra Santísima Madre, para que me ayuden á daros las gracias por un beneficio tan singular. ¡Oh Señor! quién tuviera los corazones de todos, para alabaros y bendeciros eternamente, por tan incomprendible fineza. Y pues venis, Señor, á esta miserable criatura, como Médico divino, sanad las enfermedades de mi alma. Venis como amoroso y benigno Padre, y comunicadme las riquezas de vuestros dones, desterrad

rad, Señor, la pobreza y miserias de mi espíritu, enriedo con una fé viva de vuestros divinos misterios; con una firme esperanza en vos y en la poderosa intercesion de vuestra Santísima Madre y de vuestros escojidos; con una caridad que solo sepa amar á vos, Dios mio, y por vos, no separándome jamas de la observancia de vuestros mandamientos. Dadme, Señor, en mis trabajos una perfecta conformidad con vuestra voluntad divina. ¿Y cómo no he de esperar, Señor, todo esto, cuando os dignais darme á vos mismo que sois la fuente y autor de toda la gracia? Conservadme, Señor en ella, hasta que por vuestro amor infinito y por los méritos de vuestra Santísima pasion y muerte, llegue á veros y alabaros entre vuestros santos y ángeles, por los siglos de los siglos. Así sea.

ORACION Á LA SANTÍSIMA VÍRGEN.

Purísima Vírgen María; enmedio de las desgracias que lamento, tengo el grande consuelo de que el incendio de vuestra caridad, no ha podido extinguirse, ni aun con el torrente de las aguas amargas de mi maldad; ántes bien creo que se ha aumentado al tanto de mi peligro y necesidad. En esta confianza, piadosísima María arrepentido de haberos agraviado, de vuestra intercesion me valgo, y espero firmemente conseguir la gracia que me ha de conducir á una verdadera penitencia, y á la perseverancia hasta la muerte, para que logrando yo mi eterna salvacion, vos quedeis desagraviada. Amen.

BENDICION.

Dígnate, ¡oh Madre de Dios! de darnos, con la de piadoso Hijo, tu santísima bendicion, que postrados recibimos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amen.

COLOQUIO.

Vírgen Santísima: yo, miserable de mí como hijo de Adán, pecador, incurri en la desgracia de la culpa original, y libre de esta miseria por la gracia del Santo Bautismo, bien presto caí en otra desgracia mayor, mis pecados personales ¡ay de mí me hicieron nuevamente infeliz. ¡O qué ceguedad y qué ingratitud! Apenas recibo el beneficio, cuando lo desprecio, y como un abismo llama á otro abismo, al mayor abismo de maldad, que fué ofender á mi Dios añadí tambien el de agraviaros á vos, Madre mia. ¡Ay! ¿Quién podrá consolarme en desgracia tan funesta? ¿Quién si no vos misma, Señora, que sois tan clemente y tan piadosa? Compadeceos de mi miseria, y por la gracia de vuestra Concepcion, alcanzadme un arrepentimiento y dolor, que sea bastante para recobrar la gracia que perdí y desagraviaros dignamente como deseo. Amen.

JACULATORIAS.

Cada cuarteta es una Jaculatoria á la Santísima Vírgen.

Si en gracia tu Concepcion
¡O bella María! se nota,
En ella misma lloraste
La culpa que nos asombra.

Gozaste del privilegio
Y agradecida retornas,
Lo que yo por mi pecado
Aun borro de mi memoria.

Naces para ser del Sol
A los mortales Aurora,
May ¡ay! que en perlas desatas
El dolor que le ocasionan.

Joaquin y Ana se presentan
En el Templo, y si allí moras,
No se da tiempo en que no
Llores mi culpa traidora.

Llena de gracia te dice
Un Angel, eres Señora,
Llena de penas tambien
Mi filial amor te nombra.

El ser fiel Madre de Dios
Esto mismo te provocó,
A que sientas justamente
Las que yo labro deshonras

En la casa de Isabel
Eres tú toda la gloria,
¡Mas qué importa! si allí gimes
Tambien mi culpa traidora.

En el camino á Belen
Sirven de esmalte á las rosas,
Las lágrimas que oprimidas
Tu corazon las arroja.

Si Jesus nace en Belen
Al punto mis culpas llora,
Así en este mar de penas
Tú le acompañas, Señora.

Si los pastores y reyes,
Mi buen Jesus, os adoran,
Yo he negado aquel obsequio
Que á vuestra Madre acomoda.

Y otras á este modo que te dictare el amor á la
Santisima Virgen y á tu Dios.

FIN.